

NUBE DE ABRIL
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO

Episodios del nueve de abril de 1948 en Bogotá, durante la Novena Conferencia Panamericana.

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá en septiembre de 1948, por la Compañía Bogotana de Comedias.

REPARTO

DOÑA EUDOSIA	Carlota Uribe
FERNANDA	Adela Recalde
MARIANA	Blanca Rubio
SIRVIENTA	Cecilia Gómez
SALOME	Blanca Saavedra
MOSCA	Betty Valderrama
SIEMPREVIVA	Erika Krum
DON HERMOGENES	Eduardo Osorio Morales
DARIO	DARÍO Valdivieso
CAMILO	Ricardo Debén
LAURENTINO MONTALVAN	Ángel Alberto Moreno
NATAN	Leopoldo Valdivieso
MIRLO	Oscar Tovar
CONCHUDO	Manuel Meléndez
PEROL	Luís Gaivez
GALLINO	Raúl Pavolini
SOLDADOS	
UN MANCO	
GENTES DEL PUEBLO	

PRIMER ACTO

Sala bogotana de casa antigua, con entrada al fondo y a los lados.

En escena, DOÑA EUDOSIA tejiendo, FERNANDA leyendo y MARIANA cirando el piso.

MARIANA. – ¿Así quedará bien, mamá?

EUDOSIA. – Todavía hay que sacarle más brillo.

FERNANDA. – ¿Tanto brillo?... ¿Para qué?

MARIANA. – Con tal de no ayudar.

FERNANDA. – En eso, que ayuden las sirvientas.

MARIANA. – ¿No ves que la una está preparando el té y la otra salió a comprar los bizcochos?

EUDOSIA. – Ayúdale. El ejercicio te hace provecho.

FERNANDA. – No me entusiasma esa clase de ejercicios.

MARIANA. – ¡Se desdora la niña! ¡Como es tan intelectual!

EUDOSIA. – Yo ayudaría, mijita; pero no puedo meterme en esas danzas. No soporto después el dolor en las caderas... Insisto en que, con el porrazo del otro día, se me rompió algo.

FERNANDA. – Mamá, deja esas aprensiones. ¿Vas a saber más que los rayos X?

EUDOSIA. – ¡Ojalá fueran aprensiones!

FERNANDA. – En todo caso no vale la pena encerrar este salón tan feo.

EUDOSIA. – Será feo, pero es propio; y hay que conformarse con lo que se tiene.

MARIANA. – ¡Claro!

FERNANDA. – Insisto en mi proyecto de refaccionar.

MARIANA. – En tanto, no podemos dejar esto como un chiquero... ¡Ayúdame, Fernanda, que estoy cansada! Va a llegar el embajador y encuentra esto a parches.

EUDOSIA. – Por eso era yo de opinión de que no trajeran gente extraña... Y menos a esos diplomáticos, que están acostumbrados a ver lujo por todas partes. Para pasar vergüenzas, no vale la pena meterse en honduras.

FERNANDA. – La vergüenza la pasaremos de todos modos, con esta casa tan vieja.

EUDOSIA. – Deja ese espíritu de inconformidad. No pareces hija mía. ¡Vivo tan contenta con lo que Dios me ha dado!

FERNANDA. – Eso está bien cuando no se va uno a exhibir ante los demás, para quedar en ridículo.

EUDOSIA. – ¿Y quién las mete a convidar a nadie aquí?

MARIANA. – ¡Ay, mamá! ¿Quieres que pasemos las fiestas panamericanas encerradas como en un convento, sin conocer a nadie, sin relacionarnos con nadie?

EUDOSIA. – ¿No les compró su papá automóvil? Sáquenle partido. En vez de traer la gente acá, llévenla a pasear a la Avenida de las Américas. Creo que para eso la hicieron... ¡Además, hay tantos sitios!...

MARIANA. – No discutan tanto y ayúdenme, por favor. ¡Estoy rendida!

EUDOSIA. – Fernanda, no seas egoísta.

FERNANDA. – Ya he dicho que no.

EUDOSIA. – Ayudaré yo entonces, aunque me haga daño. (**Se pone en pie con dificultad**)

(**Entra HERMOGENES**).

HERMOGENES. – ¿En qué andan?

MARIANA. – ¡Cuidado, papá! ¡Ya estás peor que Camilo!

HERMOGENES. – ¿Qué pasa?

MARIANA. – No pises ahí. Pierdo mi trabajo.

HERMOGENES. – (**A EUDOSIA**). ¿Tú también en ese trajín?... ¡No, mijita! ¡Que lo hagan las niñas! ¡O que se conformen con la simple función de la escoba! No quiero más porrazos.

EUDOSIA. – Hay que darles gusto; porque de lo contrario...

HERMOGENES. – Dales gusto en todo, menos en eso. ¡Recuerda que te tuvieron que tomar tres radiografías!... Y que todavía te quejas de día y de noche... Aparte de las traspasadas, me salió como a diez pesos el metro cuadrado de piso que tú enceraste.

EUDOSIA. – ¿Te traigo las pantuflas?

HERMOGENES. – ¡Maravillosa idea! ¡Y te reemplazo!

(**Sale EUDOSIA**).

MARIANA. – ¡Eres un astro, papá!

HERMOGENES. – ¡Interés, cuánto valés!

MARIANA. – Así... Mira...

HERMOGENES. – Pero abrazaditos, no sea que yo también me salga de la pista.

(**Regresa EUDOSIA con las pantuflas**).

EUDOSIA. – (**A FERNANDA**). ¿Vas a dejar que lo haga tu papá, en vez de hacerlo tú?

FERNANDA. – No gasto esfuerzo en esa jarana mientras no tengamos una casa decente.

HERMOGENES. – La vas a tener. Hoy conseguí la plata para que inicies las reformas que desees.

EUDOSIA. – ¡Ya van a meter obra! No haces sino darles gusto en todo. Por esos son tan desconsideradas.

HERMOGENES. – Quiero que mi futura arquitecta empiece a dar resultados prácticos.

FERNANDA. – Podríamos ante todo, ensanchar este salón.

HERMOGENES. – ¡Formidable idea! Y si quieres tumbar también el rancho, tumbalo. Vete entrenando en urbanismo... (**A MARIANA**). Sigamos, pues, en nuestro oficio... Una, dos y... tres.

MARIANA. – Despacio, que nos caemos.

(**Entra CAMILO**).

CAMILO. – ¡Mamá!

MARIANA. – (***Da un grito***).

HERMOGENES. – ¿Te pisé?

MARIANA. – ¡Dile que salga de aquí!

HERMOGENES. – ¡Ya me echó a perder mi trabajo!

FERNANDA. – ¡Qué tal si ayudo!

CAMILO. – (***Batiendo unos sobres***). ¡Miren!

MARIANA. – ¿Qué?

FERNANDA. – ¿Qué?

CAMILO. – ¡Tres invitaciones para el baile en el Palacio de San Carlos!

MARIANA. – ¿Quién nos las mandó?

CAMILO. – No son para nosotros.

FERNANDA. – ¡Tan bobo!

CAMILO. – Son para diplomáticos que no van. Una del Uruguay... otra de Estados Unidos... Y otra que le saqué al descuido de entre el bolsillo al Embajador de Haití... De allá vengo...

EUDOSIA. – Haces mal en andar de entrometido.

FERNANDA. – Eso creo yo.

CAMILO. – ¡Como no soy el único! Todos estamos yendo a las fiestas oficiales con nombres supuestos. Ayer fui a una embajada como periodista, y llevé a Maruja Orgaza como mi mujer.

(***Risa general***).

HERMOGENES. – Pues si eso te divierte, y no le haces mal a nadie...

EUDOSIA. – No me gusta que se acostumbren a ser indelicados.

HERMOGENES. – A río revuelto...

MARIANA. – ¿Y cuándo es el baile de San Carlos?

CAMILO. – Mañana en la noche... Yo voy por los Estados Unidos, con Rosita Valle, que es rubia y habla el inglés.

HERMOGENES. – Y para que no quedes mal, ella tendrá que decir que su esposo es sordomudo...

FERNANDA. – Pido la invitación del Uruguay... Iré con un condiscípulo de arquitectura que imita a la maravilla a los argentinos.

CAMILO. – MARIANA puede ir contigo entonces!

HERMOGENES. – ¡Admirable! Y como yo me quedo en casa, y a tu mamá le están bailando los ojos de provocación, la mandaremos a ella en nombre de Haití, con Joe Louis...

(Carcajadas).

(Entra DARÍO con un libro en la mano).

DARIO. – ¡Por favor! ¡No hagan tanto ruido!

HERMOGENES. – ¡De veras! ¡Respeten a mi anacoreta!

DARIO. – No puedo estudiar así. Tengo que presentar mañana un examen de sociología.

HERMOGENES. – Perdona al populacho, que es inconsciente... Y a la sociología también, que es una pose más que una ciencia.

FERNANDA. – ¡Uy, qué neura la tuya! ¡Bueno es el estudio, pero sin tanto alarde.

CAMILO. – ¡Ni que estuviera estudiando para presidente de la ONU!

MARIANA. – Ya no se puede hablar ni en voz alta.

EUDOSIA. – El tiene razón.

HERMOGENES. – Vuelve a tu trabajo, que yo me encargo de amordazar la opinión pública. El país necesita sociólogos de tu talla, y hay que crearles ambiente propicio... ¡A hablar pacito, mucharejos!..

(Sale DARÍO muy fastidiado).

MARIANA. – Pasando a otra cosa; ¿con qué vestido iré?

HERMOGENES. – **(A EUDOSIA).** Ya apareció aquello...

EUDOSIA. – ¡Tiembla!

FERNANDA. – Eso mismo estaba yo pensando.

CAMILO. – Papá: y mi frac está pasado de moda. Le falta como una cuarta de cola.

HERMOGENES. – Habrá que estirarlo... Te compraré otro.

MARIANA. – ¿Y a mí un traje que tengo visto?

FERNANDA. – ¿Y a mí otro?

HERMOGENES. – Entonces, como la cobija no alcanza para tantas cosas, aplacemos la refacción de la casa y refaccionamos por lo pronto a toda la familia... ¿Tú qué pides, EUDOSIA?...

MARIANA. – Yo mi traje ante todo.

FERNANDA. – Yo la refacción, aunque tenga que andar en traje de baño.

CAMILO. – Yo el frac, aunque tenga que dormir después debajo de un árbol.

EUDOSIA. – Para mí, nada.

HERMOGENES. – A pesar de tu abnegación, el presupuesto no alcanza. O casa nueva o trajes nuevos. Escojan.

CAMILO. – Me encargo de conseguir crédito para todo lo que haga falta...

HERMOGENES. – ¡Óiganlo! Este el verdadero sociólogo de la familia.

CAMILO. – ¡Claro! ¿No ves que no hay cárcel por deudas?

HERMOGENES. – Entonces, para no entristecer a Fernanda, procede a fiar un poco de indumentaria.

CAMILO. – ¡Bravo!

MARIANA. – ¡Qué dicha!

(Lo abrazan, empujándolo).

HERMOGENES. – Pero no abusen... no abusen.

EUDOSIA. – ¡Que lo desarman!

HERMOGENES. – Están en su derecho. Y como me vuelvan a poner después cada pieza en su lugar...

CAMILO. – Venga acá... Acordemos el plan de acción...

(Salen CAMILO, MARIANA y FERNANDA en gran alboroto).

EUDOSIA. – A ese paso, te arruinan.

HERMOGENES. – ¡Que gocen! ¡Pobrecitos! Para mí la vida es eso: verlos contentos.

EUDOSIA. – Pero se te está yendo la mano; y después vienen las angustias.

HERMOGENES. – Que vengan, a ver cómo las solventamos. No quiero privaciones. ¡Quién sabe cuándo volverá a haber aquí Conferencia Panamericana!

EUDOSIA. – Pero los acostumbras a mal.

HERMOGENES. – Por fortuna la misma conferencia da para todo. Acabo de firmar un contratado para poner banderolas en todos los postes de la luz eléctrica, y me gano el quinientos por ciento.

EUDOSIA. – ¿Para eso te llamaron al Palacio Presidencial?

HERMOGENES. – No, no, no. Eso ni lo sospecha el Presidente. Fue para algo más gordo.

EUDOSIA. – ¡Se me puso! ¿Qué te ofrecen?

MARIANA. – ¿Quién nos las mandó?

HERMOGENES. – ¡Un ministerio!

EUDOSIA. – ¿De veras?

HERMOGENES. – Ni más ni menos.

EUDOSIA. – ¿Cuál?

HERMOGENES. – ¡Admírate! ¡El de Economía! ¡A pesar de lo manijero que me he vuelto!

EUDOSIA. – ¡Lo que tanto soñaste en otros años?

HERMOGENES. – Sí. Los ministerios llegan a veces como las vírgenes necias.

EUDOSIA. – ¡Me encanta!

HERMOGENES. – A mí no; porque no me llaman a hacer maravillas. No se trata de apoyar mis viejas ideas, con las que aspiraba a salvar a país.

EUDOSIA. – ¿Ah, no? ... ¿Y entonces?

HERMOGENES. – Necesitan un tipo como yo, sin odios ni simpatías... Algo así como un gerente del limbo... Con la parsimonia indispensable para que o complique más el actual estado de

cosas, y con la suficiente erudición para que, si llega un periodista a pedirle conceptos, no vaya a meter la pata.

EUDOSIA. – ¿Y aceptas?

HERMOGENES. – No.

EUDOSIA. – No soy de esa opinión, mijito. Perdóname que te contradiga; pero...

HERMOGENES. – ¿Qué opinas tú?

EUDOSIA. – ¿Cuánto gana un ministro?

HERMOGENES. – Más de mil pesos... y algunas ganguitas.

EUDOSIA. – Pues mil pesos son mil pesos. Algo ayudarían, ahora que la vida está tan cara.

HERMOGENES. – ¿Ir nada más que a devengar?... No, no podría. Me conozco. El quijote está ahí adentro, agazapado. Se levanta de pronto lanza en ristre; digo cuatro verdades, y a renuncia. No alcanzaríamos a cobrar ni una década.

EUDOSIA. – Haces un esfuerzo para adaptarte a la circunstancias. Piensas a toda hora, como hacen los demás, que esa es una simple canonjía.

HERMOGENES. – ¿Después de tanto hablar, y tanto protestar contra los privilegios y el caos de la producción? ¿Después de todo eso, ir a aplastarme en una silla a repartir puestos públicos entre amigos y copartidarios?... ¡Quedaría en ridículo!

EUDOSIA. – ¡La gente ya ni se acuerda de tus idealismos!

HERMOGENES. – Se acuerdan, se acuerdan... Es mejor no alborotar ese avispero... Además, si es por plata, se gana más de calanchín que de gran personaje.

EUDOSIA. – Siendo así...

HERMOGENES. – ¡Fíjate en qué apuros vivíamos mientras fui empleado público! Ni los extras clandestinos nos equilibran. Todo fue hacerme contratista, y salimos al otro lado. ¿Con qué compramos esta casa, sino con la venta de licores para tal conferencia?... ¡Y eso que me serrucharon por todas partes!

EUDOSIA. – Me convenciste.

HERMOGENES. – Y todavía me quedan argumentos. ¿Con qué les compré el automóvil a las niñas, sino con lo que me tocó en los adornos aerodinámicos de la Plaza de Bolívar?... ¡Pusieron el grito en el cielo, los tumbaron, se burlaron de la junta organizadora! Y yo que fui el inventor y el único aprovechando, quedé a margen de toda crítica.

EUDOSIA. – Es verdad. ¿Para qué meternos en esas andanzas, si vivimos tan tranquilos? A lo mejor te llevan a servirle al país, lo haces honradamente, y te dicen ladrón.

HERMOGENES. – Mi quijotismo, si aún vive, no debe salir de este pequeño mundo: el de mis hijos. Darle al uno un timón, al otro un vestido de ceremonia, al otro un equipo de demolición; llevarle a Darío la idea de que esta humanidad tiene remedio... Si los idealistas no sobran, que él reciba y lleve adelante mis entusiasmos de juventud.

EUDOSIA. – Hablas de él más que de los otros. No disimulas que es tu preferido.

HERMOGENES. – A todos los quiero por igual.

EUDOSIA. – De dientes para afuera.

HERMOGENES. – Lo que pasa es que ese chico es mi retrato cuando yo tenía veinte años; y me gusta, como a ti, mirarme al espejo.

EUDOSIA. – Se me pasan meses sin que se me ocurra ver cómo tengo la cara.

HERMOGENES. – ¿Para qué sirven las lunas de Venecia cuando no se ha desportillado aún la luna de miel?... Yo al menos, te veo tan esbelta y fresca como el primer día.

EUDOSIA. – ¡Atrevido!

HERMOGENES. – Es por lo único que quisiera ser ministro: para exhibirte en las recepciones oficiales y en las exposiciones Holstein...

(Entra DARÍO con un periódico).

DARIO. – Papá: ¿es cierto que dice el periódico?

HERMOGENES. – ¿Qué?

DARIO. – Que te ofrecen la cartera de economía.

HERMOGENES. – Es cierto, sí.

DARIO. – ¿Y aceptas?

HERMOGENES. – ¡Qué voy a aceptar, hombre!

DARIO. – ¿Vas a desperdiciar tan maravillosa oportunidad para servirle al país?

HERMOGENES. – **(Ríe)**. ¡Me encanta oírte! ¡Así le hablaba yo a mi papá a tu edad cada vez que le ofrecían un cargo de importancia! Y él me contestaba: es mejor engordar novillos.

EUDOSIA. – La pura verdad.

HERMOGENES. – Déjame con mis contraticos. Si me pongo en vitrina, me los echan en cara en la oposición, y nos quedamos sin el pan y sin el queso.

DARIO. – Me duele oírte hablar así, papá. ¿Dónde está entonces tu patriotismo?

HERMOGENES. – En el hospital, hijo mío. ¡Muy herido!

DARIO. – ¡Ah, si me ofrecieran a mí ese cargo!

HERMOGENES. – ¿Qué harías?... Vamos a ver...

DARIO. – ¿Yo?... Ante todo, barrer a los que no dejan hacer nada. A este pobre país lo está aplastando el exceso de burocracia inútil.

HERMOGENES. – Eso no lo logras ni con barredora eléctrica.

DARIO. – Luego, moralizar la administración pública, estimular la producción de la riqueza, destruir los odios políticos...

HERMOGENES. – (**A EUDOSIA**) ¿Cómo te parece?... ¡Igualito! ¡Igualito! Son mis discursos de hace veinticinco años... Cuando me echaste el anzuelo creyendo que iba a ser presidente...

DARIO. – Papá: No te des por vencido. Y menos ahora que se te presenta tan bella oportunidad.

HERMOGENES. – Entre dos crisis de gabinete no se alcanza a organizar ni siquiera una cosecha de rábanos.

DARIO. – Por tu grano de arena para evitar una catástrofe. Yo la siento venir.

HERMOGENES. – Aquí nunca sucede nada; ni bueno ni malo

DARIO. – No tengo tu experiencia; pero creo que te equivocas. No es posible, en el desconcierto actual del mundo, conservar un sano equilibrio si no lo manejan hombres de acción honrada... Y aquí, por el contrario, quienes debieran educar y encauzar al pueblo, no hacen sino explotar su ignorancia y envalentonar sus taras y pasiones, empujándolo, por simple ambición personal, a la más terrible bancarrota

HERMOGENES. – ¿Y quién soy yo para evitar esa felicidad?

DARIO. – Abre una brecha patriótica en las altas esferas a donde te están llamando.

HERMOGENES. – Antes de que levante la pica, ya se están riendo de mí.

DARIO. – De Bolívar también se rieron.

HERMOGENES. – Pero de mí no se ríe nadie, aunque pierda yo el derecho a la estatua. Mi quijotismo caducó... Y el tuyo caducará también cuando tengas mi edad y te hayas convencido de que el altruismo, cuando va más allá del hogar, se convierte en una rueda loca.

(*Entran CAMILO, MARIANA y FERNANDA*).

FERNANDA. – Papá: ¿Que te nombran ministro?

HERMOGENES. – ¿Quién dijo?

MARIANA. – La radio.

HERMOGENES. – ¿Ya me están anunciando por radio, como a los analgésicos?

MARIANA. – ¡Qué felicidad!

FERNANDA. – ¡Un abrazo!... ¡Un beso!

CAMILO. – Te darán automóvil oficial, ¿no es cierto?

FERNANDA. – Mañana mismo empiezo a tumbar la pared, ya ensanchar el salón. Siendo ministro, ¿dónde recibes aquí a la gente?

CAMILO. – ¿Cuándo te posesionas?

FERNANDA. – Pero no se amontonen.

CAMILO. – No me pise.

FERNANDA. – No sea brusco, Camilo.

MARIANA. – No peleen... No parecen hermanos... Dejen oír a papá.

HERMOGENES. – Tú siempre noble y conciliadora, Marianita. Así me gusta.

MARIANA. – ¿Aceptas, papá?

HERMOGENES. – No.

FERNANDA. – ¿Por qué? ¡Piensa lo que me serviría en la universidad ser hija de ministro!

HERMOGENES. – No es suficiente argumento.

CAMILO. – Acepta aunque sea mientras dura la Conferencia Panamericana.

HERMOGENES. – ¿Nada más?

MARIANA. – Sí, para que nos inviten a todas partes. ¡Es tan feo ir siempre de limosna a las recepciones!

CAMILO. – Y cuando se vayan las embajadas, renuncias.

DARIO. – ¡No digan sandeces! ¡Da vergüenza oírlos!

CAMILO. – ¡Silencio! ¡Ha pedido la palabra el profeta Ezequiel!

DARIO. – ¿Qué creen ustedes que es papá?... ¿Un títere?

FERNANDA. – Vete con tu neurastenia a otra parte.

DARIO. – ¡Ay, no peleen, no peleen!

HERMOGENES. – Bien, Marianita, bien... Ahí tienes, mi querido Darío, una síntesis de la mentalidad nacional. En el ministerio no encontraríamos sino estos intereses creados y este vano empeño de unión, elevados al cubo.

DARIO. – No soy de tu parecer. Creo que nuestro país necesita precisamente que se combata es inconsciencia, esa...

MARIANA. – ¡Eh, cállese!

CAMILO. – Sí, no queremos más discursos...

MARIANA. – ¡Acepta, papá; acepta! (**Lo abraza**).

CAMILO. – Acepta, sí. Y nos ponemos las botas. (**Lo abraza**).

FERNANDA. – ¡Por complacernos! (**Lo abraza**).

EUDOSIA. – ¡Que lo ahorcan!

HERMOGENES. – Estas sogas no me alarman... Las sogas políticas sí.

(**Entra la sirvienta**).

SIRVIENTA. – Llegó la visita, mi señora.

EUDOSIA. – Fíjense: y por andar con tanto alboroto, no acabaron de arreglar la sala... Pongan esas sillas en su puesto, aunque sea.

(**Todos arreglan el mobiliario**).

HERMOGENES. – ¡Y yo en pantuflas!... (**Recoge los zapatos**). Ahora sí es cierto que me hicieron poner las botas...

EUDOSIA. – Y yo a medio peinarme...

(Salen EUDOSIA y HERMOGENES).

CAMILO. – Yo las dejo con la visita y me voy a abrir créditos... En cuanto diga lo del ministerio, ¿quién se resiste?...

(Sale CAMILO).

MARIANA. – Atiéndelo tú, Fernanda, mientras llevo esto para adentro.

(Sale MARIANA con trapos y cera).

(Entra LAURENTINO MONTALVÁN, joven muy bien vestido y de marcado acento argentino).

FERNANDA. – Adelante, embajador.

LAURENTINO. – **(Efusivo).** ¿Cómo le acabó de ir?... ¡Buenas tardes!... ¡Pero está usted radiante!

FERNANDA. – Perdónenos, embajador, que lo recibamos en esta sala tan estrecha. Acabamos de comprar la casa y...

LAURENTINO. – ¡Ah, es propia!... ¡Qué me dice! ¡Y se queja!

FERNANDA. – Vamos a iniciar unas reparaciones que son indispensables. Pero ha habido que aplazarlas más que la reunión de la conferencia.

LAURENTINO. – ¡Pero si este rincón es macanudo!

FERNANDA. – Demasiado estrecho.

LAURENTINO. – ¿Para qué más espacio?

FERNANDA. – ¡Y tan viejo!

LAURENTINO. – ¡Supiera usted que las antigüedades tienen para mí un sabor tan especial... Más familiaridad... En mi tierra yo siempre he opinado que las mejores joyas arquitectónicas son las que se hicieron hace trescientos y cuatrocientos años... ¿Qué más quiere que este cofre arcaico para su juventud y su beyeza?... El contraste es perfecto.

FERNANDA. – **(Coqueta).** Gracias.

LAURENTINO. – ¿Y cómo le acabó de ir de paseo?

FERNANDA. – Muy bien.

LAURENTINO. – Supiera que me encantó la Avenida de las Américas... no tanto por la evocación americana, como por esta soledad ambiente...

FERNANDA. – Pero no volvemos por allá. Casi me hace usted estrellar.

LAURENTINO. – En esos rincones y esos vayados tan poéticos, ¿quién no pierde el sentido ante una mujer tan beya?... Usted me perdona...

FERNANDA. – Estuvo usted muy poco diplomático.

LAURENTINO. – Supiera que anoche no pegué los ojos pensando en usted...

FERNANDA. – Mentiroso...

LAURENTINO. – (**Acercándose**). En todo lo que he andado por el mundo no había tropezado con una mujer como vos...

FERNANDA. – ¡Cuidado con tropezar aquí también!

LAURENTINO. – Si lo que creo es que voy a quedar aquí encayado... a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar.

FERNANDA. – ¡Sh!... ¡Cuidado!... ¡Mi hermana!

(**Entra MARIANA**).

LAURENTINO. – ¡Pero qué placer el de verla!

FERNANDA. – Lo dejo con ella un momento.

(**Sale FERNANDA**).

MARIANA. – ¡Qué pena, embajador! Nos encontró usted brillando el piso, y ni siquiera alcanzamos a terminar.

EUDOSIA. – Y yo a medio peinarme...

LAURENTINO. – ¡Pero si está como un espejo! Además, ¿quién se va a tomar el trabajo de mirar el piso, teniendo por delante el briyo de sus ojos?

MARIANA. – ¡Qué maravilla!

LAURENTINO. – Y de cocteil, ¿cómo le fue?

MARIANA. – Estuvo usted muy pesado.

LAURENTINO. – ¿Pero quién no se pone pesado encontrando una mujer como vos? Si lo que creo es que de Bogotá no me va a sacar nadie. Con vos esto debe de ser un paraíso.

(Entran EUDOSIA, HERMOGENES y FERNANDA).

FERNANDA. – Mi papá... Mi mamá...

LAURENTINO. – ¡Cuánto gusto! ¡Muy honrado! ¡Contentísimo de poder estrechar la mano de ustedes! ¡Me yamo Laurentino Montalván. Y créame que me satisface, tan lejos como estoy de mi tierra, respirar este ambiente íntimo de familia.

HERMOGENES. – Está usted en su casa, embajador.

EUDOSIA. – Siéntese, embajador.

LAURENTINO. – ¡Con cuánto placer!.. Pero no soy embajador.

MARIANA. – ¡Ah, ¿no?

FERNANDA. – Modestia suya.

LAURENTINO. – ¡Qué esperanza! No soy más que un simple consejero. Y por añadidura, un consejero a quien sus superiores no le piden consejo... Vine de estudioso, nada más.

HERMOGENES. – Ajá... Le interesa el panamericanismo....

LAURENTINO. – ¿El panamericanismo? ¡Esas son pavadas! Me interesa esta paz en que ustedes viven, Esta auténtica democracia... Si supieran que hasta he traído el propósito de radicarme aquí definitivamente.

HERMOGENES. – Muy bien, muy bien...

EUDOSIA. – Un honor para nosotros.

FERNANDA. – Aquí necesitamos gente como usted: audaz, emprendedora, enemiga de los viejos moldes.

MARIANA. – ¡Qué felicidad!

LAURENTINO. – Aquí aspiro a terminar una obra que estoy haciendo desde hace varios años, y que no es posible adelantar sino en ambiente de absoluta tranquilidad.

HERMOGENES. – Hizo usted bien entonces en elegir la diplomacia.

LAURENTINO. – No crea. Estaba en lo mejor de mi trabajo en Berlín, y estayó la segunda guerra mundial. Ya supondrán ustedes las que pasé... ¡Había que ver aqueyo!... Me trasladaron entonces a La Paz... ¡Y qué paz ni qué nada! ¡Colgaban a la gente de los faroles!

HERMOGENES. – Aquí todos vivimos colgados; pero en calma.

EUDOSIA. – Tiene usted que ir acostumbrándose a las chanzas de Hermógenes.

LAURENTINO. – Pero encantado... Pues eso me decían: que ni un tiro en cincuenta años.

HERMOGENES. – Apenas un hachuelazo de cuando en cuando; pero sin mucho alboroto.

LAURENTINO. – Dichosos ustedes, mis queridos amigos. Son el único caso en el mundo. Un país privilegiado. Como poeta, me felicito.

HERMOGENES. – ¡Ah, es usted poeta!

MARIANA. – ¡Ay, recítenos!

FERNANDA. – Recítenos, sí.

HERMOGENES. – Algo de esa gran obra en marcha...

EUDOSIA. – Si, sí...

LAURENTINO. – Pues ya que insisten... Comenzaré por una pequeña alusión.

HERMOGENES. – A ver...

FERNANDA. – A ver...

MARIANA. – ¡Debe de ser lindo!

EUDOSIA. – Cállate...

LAURENTINO. – (*De pie ante una silla*). Era... Era... Era...

FERNANDA. – ¿Qué era?

EUDOSIA. – Aguarda... Algo tiene que ser...

LAURENTINO. – Era un jardín... ¡Pero qué papelón! ¡Qué memoria la mía!

HERMOGENES. – ¿No sería un jardín sonriente?

LAURENTINO. – Pues propiamente no... ¡Ya!

Era un jardín risueño...
Era un arroyo pequeño..., y sin igual.
Era a su borde asomada
Una pebeta embobada
En la milonga encantada
¡De mi tango de arrabal!

HERMOGENES. – Ajá... Como alusión, es perfecto.

(*Aplausos*).

LAURENTINO. – Era un gaucho muy pampero,
Peronista y pendenciero
Que le dijo yo te quiero...

(*Entran precipitadamente DARÍO y CAMILO*).

DARIO. – ¡Papá!

CAMILO. – ¡Papá!

HERMOGENES. – ¿Qué pasa? Saluden ante todo...

DARIO. – ¡Algo espantoso!

MARIANA. – ¿Qué?

FERNANDA. – ¿Qué?

DARIO. – ¡Acaban de asesinar a Gaitán! ¡Al jefe de izquierdas!

CAMILO. – ¡Y ha estallado la revolución!

LAURENTINO. – ¿Revolución aquí también? ¡Pero qué yeta la mía, che!

EUDOSIA. – ¡Qué horror!

HERMOGENES. – No creo.

DARIO. – Acaban de decirlo por radio.

CAMILO. – Las calles están llenas de gente que grita...

HERMOGENES. – ¿Y quién la encabeza?

DARIO. – No se sabe todavía.

FERNANDA. – ¡Horrible!

DARIO. – El pueblo, enfurecido por la muerte de su jefe, está incendiando la ciudad.

FERNANDA. – Sintonicemos... Sintonicemos...

HERMOGENES. – Sí, sí...

(*TODOS corren al radio*).

(*CAMILO sale de nuevo*).

LOCUTOR. – Habla la Junta Revolucionaria... Pueblo: ¡a vengar al jefe! ¡Fuego a todos los edificios públicos, a todos los hoteles burgueses! ¡A colgar enemigos en todos los postes de la luz! Cada poste deber tener, en vez de bombillo, el cadáver de un burlador de los derechos populares... ¡Paro general!... ¡Paro general!... ¡Paro general!... ¡A buscar armas en las ferreterías y en los almacenes de plata martillada!...

LAURENTINO. – ¿Le irá a pasar algo al Hotel Regina?... Tengo allá mi equipaje y todos mis papeles.

HERMOGENES. – Lo único que puedo decirle es que esto se lo llevó el demonio.

LAURENTINO. – ¿Y cómo decían que era tan tranquilo?

FERNANDA. – Se fue la onda...

MARIANA. – Toma otra sintonía...

EUDOSIA. – ¡Almas del purgatorio!

(Entra CAMILO).

CAMILO. – ¡El auto, Mariana, el auto! ¡Los están quemando y robando!

LAURENTINO. – No van a dejar por lo visto sino las estatuas.

EUDOSIA. – Y a todo esto yo sin leche... ¡Sin nada en la despensa! ¡Cómo se irán a poner las cosas de caras!... Corran, niñas; corran con todos los canastos que haya.

HERMOGENES. – ¡Y no alcancé hoy a sacar dinero del banco! ¡Estoy con cinco pesos entre el bolsillo!

LAURENTINO. – **(Sacando la cartera)**. A mí no me ha quedado sino...

EUDOSIA. – **(Rapándosela)**. Preste acá...

(Salen EUDOSIA, MARIANA y FERNANDA hacia la calle con canastos).

CAMILO. – Miren. – esa columna de humo y llamas, es la Gobernación... Y la de al lado, el Hotel Regina.

LAURENTINO. – ¿El Regina? ¿Ha dicho usted el Regina?... ¡Entonces me han dejado en la caye, che!... ¡Qué bronca!

CAMILO. – Voy a mirar, papá.

HERMOGENES. – ¿A mirar qué? ¡No salgas más ahora!

CAMILO. – A ver de cerca los incendios.

LAURENTINO. – ¡Y lo dice con esa frescura!

HERMOGENES. – Míralos desde aquí. ¿Para qué te vas a meter en tumultos? Puede tocarte una bala perdida... Además, tu mamá se angustia.

CAMILO. – No me tardo...

(**Sale CAMILO**).

DARIO. – (**Al radio**). Aquí parece que hay otra sintonía.

HERMOGENES. – ¡Sintoniza, sintoniza!

LOCUTOR. – ¡Habla la Junta Revolucionaria!... Estuvimos silenciados unos minutos, porque nos atacó el ejército; pero nos defendió la policía nacional... Todo el país se ha levantado en armas. Están cayendo en todas partes, como espigas, las cabezas de los enemigos del pueblo.

LAURENTINO. – ¿Y cómo hará uno ahora para demostrar que no es enemigo del pueblo?... Me quedé sin papeles... No salgo de aquí mientras no vengan a buscarme de la embajada...

DARIO. – Aquí hay otra onda...

LOCUTOR. – (**Nasal y lento**). Habla la radiodifusora nacional de Colombia... Acabamos de desalojar con el ejército a la policía.

LAURENTINO. – Explícame eso, che... Si el ejército desaloja a la policía, ¿con qué policía van ustedes a poner orden?

HERMOGENES. – Yo mismo no entiendo...

LAURENTINO. – Pero es macanudo...

LOCUTOR. – (**Nasal**). El gobierno hace saber que domina completamente la situación en todo el país... Los tres mil rateros y asesinos que se fugaron de las cárceles aprovechando el primer momento de desconcierto, están regresando a sus bases... La oficina de control se reorganizará para evitar el alza inmoderada de los precios... Se han pedido por cable varios aparatos extinguidores de incendio... Se ha pedido a Inglaterra una misión técnica para reorganizar la policía nacional... Se ruega al público que tenga confianza en las autoridades legítimamente constituidas... ¡Atención!... ¡Atención!... Todos los colombianos que figuran en las primeras reservas deben presentarse sin pérdida de tiempo en el Estado Mayor General...

DARIO. – ¡Papá!

HERMOGENES. – ¿Qué, hijo?

DARIO. – Que yo soy reservista.

HERMOGENES. – ¿Y qué?

DARIO. – Tengo que presentarme.

HERMOGENES. – Espera a que te llamen concretamente. ¿Crees que todos los reservistas están sintonizando en estos momentos a ese gangoso?

DARIO. – En el cuartel juré defender la paz. Quiero cumplir mi juramento.

HERMOGENES. – Espera a ver qué pasa en veinticuatro horas.

DARIO. – Papá. – nos han llamado a los dos a servir al país. Tú no aceptas. Yo sí.

HERMOGENES. – Y como no te complazco en ser un Bolívar, has resuelto ser un Napoleón... ¡No te hagas ilusiones!

DARIO. – Iré, papá. No puedes impedírmelo.

HERMOGENES. – Sé que no puedo impedírtelo... Pero al menos espera un llamamiento más serio... En este momento todo es caos.

LAURENTINO. – Parece que todos hubieran estado aquí medio siglo aguantando las ganas de irse a las manos...

(Entran EUDOSIA, MARIANA y FERNANDA con los canastos).

FERNANDA. – ¡Que tal si no nos damos prisa!

MARIANA. – ¡Hay que ver esas colas!

EUDOSIA. – Casi me espichan.

FERNANDA. – Y para nada. Se acabo el pan, se acabaron los huevos, se acabó la carne. No encontramos sino espaguetis... Por nosotros no importa; pero por usted, embajador...

LAURENTINO. – Si supiera que los sé preparar como para chuparse los dedos. ¿No ve que soy hijo de italianos?...

(Entra CAMILO).

CAMILO. – Mamá: ¡incendiaron la manzana de enfrente! ¡Y dicen que puede estallar la bomba de gasolina!

EUDOSIA. – ¡María Santísima! ¿Y para dónde nos vamos?

FERNANDA. – Mejor, que se queme esta casa. Como está asegurada, nos evitan el trabajo de tumbarla... Y hacemos otra.

LAURENTINO. – Pero ustedes, tan pacíficos, ¿dónde sacan esos arrestos neronianos?

(Se oyen disparos).

MARIANA. – Oigan, cómo echan bala.

EUDOSIA. – (**Arrodillándose**). ¡Animas benditas!

FERNANDA. – Y es aquí cerca... ¡Mira cómo corre la gente!

EUDOSIA. – ¡No te acerques a la ventana!

DARIO. – La bendición, mamá.

EUDOSIA. – ¿Qué?... ¿A dónde vas?

DARIO. – Han llamado las primeras reservas.

EUDOSIA. – Aunque hayan llamado al Mesías, tú no sales de aquí.

DARIO. – Tengo que hacerlo. ¿O prefieres que tu hijo sea un desertor?

EUDOSIA. – ¿Y quién te ha llamado por tu nombre?

HERMOGENES. – Eso le digo yo.

DARIO. – Me ha llamado el país... En estas circunstancias, no puedo permanecer con los brazos cruzados.

EUDOSIA. – ¡No, Darío... No!

HERMOGENES. – Déjalo... Me convenció. En el fondo, aunque su entusiasmo me angustia, no me disgusta. Aquí se están perdiendo el sentido de responsabilidad, el valor personal, el arresto generoso... Si hay quién los resucite, tanto mejor... Ve, hijo, pues, y que Dios te proteja.

DARIO. – La bendición, vieja.

EUDOSIA. – (**Aterrada**). Tómala, pues...

HERMOGENES. – Ténnos, eso sí, al corriente de todo...

DARIO. – Sí papá... Sí...

(Sale DARÍO a toda prisa).

HERMOGENES. – Mi sombrero... Yo salgo también.

EUDOSIA. – ¿A buscar peligros?

HERMOGENES. – No. A hacer posible para que, si enganchan a ese muchacho, lo dejen en sitio seguro... Es cuestión de influencia... ¡Ya sé lo que hago!... ¡Acepto el ministerio y se acabó!... Hasta luego, hasta luego...

(*Sale HERMOGENES*).

LAURENTINO. – ¿Ha dicho un ministerio?...

TODAS. – Sí... Sí...

LAURENTINO. – El metido en el golpe, y yo aquí de visita... Cuando lo que buscaba era un ambiente propicio para la poesía sin disgustar en nada a Perón... ¡Macanudo, che!

TELON

SEGUNDO ACTO

Calle de Bogotá el 10 de abril de 1948, con rastros de incendios y almacenes saqueados, uno de ellos con puerta practicable.

Se oyen disparos.

Gateando, avanzan NATÁN seguido por SALOMÉ.

SALOME. – ¡Natán!

NATAN. – ¿Qué?

SALOME. – ¡Aguárdame!

NATAN. – ¡Apúrale!

SALOME. – ¿Ya vamos llegando?

NATAN. – Aquí es, Salomé.

SALOME. – Levántate con cuidado, Natán.

NATAN. – (**Se pone en pie, en alto los brazos**). Levántate, Salomé. Ya no hay peligro.

SALOME. – Todavía oigo tiros.

NATAN. – Ya no. Ya no.

SALOME. – (**Asomándose al almacén**). ¡Por Jehová! ¡Si no nos dejaron nada!

NATAN. – Se lo llevaron todo: pieles, vestidos, sombreros, carteras...

SALOME. – ¿Y las tarjetas de crédito?

NATAN. – (**Entra y vuelve a salir**). Se llevaron también las tarjetas.

SALOME. – Eso es lo peor. Había más deudores que mercancías.

NATAN. – Nos dejaron en la calle.

SALOME. – ¡Diez años de trabajo, para nada!

NATAN. – Peor que Berlín.

SALOME. – Por eso te decía que a Culumbia no, que a Culumbia no.

NATAN. – ¿Y qué remedio, si ya estamos en Culumbia?

SALOME. – Ahora falta que nos quemen el almacén.

NATAN. – Pidamos socorro a la policía.

SALOME. – Pero si la policía fue la que abrió la puerta... Y me querían cortar la cabeza con una navaja grande.

NATAN. – ¿Qué se te ocurre entonces, Salomé?

(**Disparos cercanos**).

SALOME. – ¡Tiros otra vez! (**Se pone en cuatro patas**).

NATAN. – (**Los brazos en alto**). Así no, Salomé.

SALOME. – ¿Entonces cómo?

NATAN. – Levanta los brazos como yo. ¿No ves que así lo que haces es ofrecerles el blanco?

SALOME. – (**Gateando**). Entremos al almacén.

NATAN. – ¡Que levantes los brazos!

SALOME. – No puedo.

NATAN. – ¡Entra entonces! ¡Entra al almacén!

SALOME. – Y si vienen a quemarlo. ¿Por dónde salimos?

NATAN. – Por detrás... Por detrás... ¡Pronto! (**La toma de un brazo y la induce a entrar**).

(**Salen NATÁN y SALOMÉ por la puerta practicable**).

(**Entra EUDOSIA con los brazos en alto**).

EUDOSIA. – ¡HERMOGENES!... ¡HERMOGENES!... ¡Mijito!

(**Entra HERMOGENES por el lado opuesto con los brazos también en alto**).

HERMOGENES. – ¡Eudosia!... ¿Qué haces en la calle?... ¡Es una locura!

EUDOSIA. – Buscándote.

HERMOGENES. – Vete para la casa. No te expongas.

EUDOSIA. – Déjame que te acompañe.

HERMOGENES. – No es posible. Regrésate. No dejes solas a las muchachas.

EUDOSIA. – ¿Lograste saber algo de Darío?

HERMOGENES. – Nada.

EUDOSIA. – ¿Le habrá pasado algo a esa criatura? ¡Dios mío!

HERMOGENES. – Confío en que no... Pero ya tengo miedo.

EUDOSIA. – ¿Lo engancharon al fin?

HERMOGENES. – Logré que le dieran de baja; pero he recorrido todos los cuarteles, y en ninguna parte está anotado, ni lo conocen.

EUDOSIA. – ¿Te posesionaste del ministerio?

HERMOGENES. – ¿Ahora cómo?... Es imposible entrar al palacio. El pueblo trata de incendiarlo, y lo están defendiendo con ametralladoras. Las calles están cubiertas de cadáveres.

EUDOSIA. – ¿Y por qué andas sin corbata?

HERMOGENES. – Me la tuve que quitar. ¿No ves que están matando gente por el simple color de la ropa?... Por eso te repito que entres a la casa.

EUDOSIA. – ¿Qué color hay que llevar?

HERMOGENES. – Por lo pronto, el rojo. Mañana, quién sabe.

EUDOSIA. – Y con Darío, ¿que hacemos?

HERMOGENES. – Voy a ponerme una corbata roja y sigo buscándolo hasta que lo encuentre.

(Nuevos disparos).

EUDOSIA. – ¡Están disparando!

HERMOGENES. – Entremos aquí.

(Salen de su escondite NATÁN y SALOMÉ, con divisas rojas).

NATAN. – No nos maten, no nos maten...

SALOME. – No nos quemen, no nos quemen...

NATAN. – Somos culumbianos.

SALOME. – Y amigos del pueblo.

HERMOGENES. – ¿Qué pasa, Natán?... No se afanen. Soy yo.

SALOME. – ¡Oh! ¡Don Hermojábanas!

NATAN. – Entren...

SALOME. – Miren cómo nos han dejado.

NATAN. – En la calle... En la miseria.

SALOME. – Se llevaron todo: hasta las tarjetas de crédito... Y nadie querrá pagar lo que debe.

EUDOSIA. – No creo que la gente sea tan perversa.

HERMOGENES. – En cuanto a nosotros, aquí tengo el apunte... Son ochocientos cincuenta pesos, que están a sus órdenes.

NATAN. – Gracias, don Hermojábanas!... Si todos fueran como ustedes...

SALOME. – Gracias, gracias... Aunque creo, señora Eudisia que son ochocientos cincuenta y tres pesos con veintiséis centavos.

HERMOGENES. – Pondremos eso en claro. Por lo pronto, es mejor que se vayan para su casa.

EUDOSIA. – Es cierto. Recuerda cómo te atropellaron en Berlín delante de mí...

SALOME. – Allí vienen... Allí vienen...

HERMOGENES. – (**A EUDOSIA**). ¡Y tú con enaguas azules!... Vete con ellos.

EUDOSIA. – ¿Y tú?

HERMOGENES. – Y entretengo a los manifestantes mientras ustedes cruzan la esquina...

EUDOSIA. – Me quedo contigo...

HERMOGENES. – ¡Que no!... ¡Puede pasarte algo!

EUDOSIA. – ¿A mi edad?

SALOME. – Mi madre y mi abuela eran más viejas, señora Eudisia; y hubiera visto usted a los rusos... Vamos, señora Eudisia...

NATAN. – Dígales que no quemen, don Hermógenes... Que no quemen...

SALOME. – Que les damos mercancía, pero que nos dejen el negocio...

HERMOGENES. – ¡Apuren, antes de que llegue el tumulto!

(Salen SALOMÉ, EUDOSIA y NATÁN. Por el extremo opuesto entra un grupo de manifestantes con bandera roja. Cada cual lleva algo de botín).

UNO. – ¡Viva la revolución!

TODOS. – ¡Viva!

UNO. – (**A HERMOGENES**). ¿Y usted por qué no grita?

HERMOGENES. – Por el placer de oírlos.

UNO. – ¡Viva la revolución!

HERMOGENES. – (**Batiendo un trapo rojo**). ¡Que viva!

TODOS. – ¡Que viva!

UNO. – Adelante, pues...

HERMOGENES. – ¡Adelante!

(Salen los manifestantes. A retaguardia quedan el MIRLO y el CONCHUDO, dos fugados de presidio).

MIRLO. – ¿Y pa qué seguimos detrás de esos tipos?

CONCHUDO. – Pa disimular.

CONCHUDO. – Pa disimular, metámonos de francotiradores.

MIRLO. – ¿Pa tumbar al gobierno? No ala... ¿No ves que yo soy gobiernista?

CONCHUDO. – Yo no, mijo.

MIRLO. – Yo sí. Si no fuera puel gobierno, no nos habían dejao salir de la cárcel.

CONCHUDO. – Pero si ya nos están recogiendo.

MIRLO. – Que va. Aquí todo anda muy despacio. Mientras dan con nosotros, tenemos pa veraniar un año.

CONCHUDO. – Busquemos entonces a otros de la banda y organizamos algo en serio.

MIRLO. – ¿Pa qué buscar a nadie? Jalémosle solos. Mirá a tuel mundo con su costal al hombro, y nosotros de ociosos.

CONCHUDO. – De veras, ala, que nos están cogiendo ventaja.

MIRLO. – ¡Claro! Como profesionales que somos, empecemos a defender la ciudad contra los aficionados.

CONCHUDO. – Instalémonos aquí entonces.

MIRLO. – Esto está que ni mandao a hacer...

CONCHUDO. – Listo pa surtirlo otra vez.

MIRLO. – Comencemos entonces.

CONCHUDO. – Por mí, yo estoy listo también.

(Pasan dos RATEROS con su carga al hombro).

MIRLO. – ¡Manos arriba!

CONCHUDO. – ¡Alto!... ¡Alto o disparo!

(Los RATEROS sueltan la carga y salen corriendo).

MIRLO. – ¡Mirá esos principiantes!

CONCHUDO. – Salieron como alma que lleva el diablo. ¿Qué dejaron?

MIRLO. – ¡Mirá qué almuerzo! ¡Sardinas!... Jamón... Dos botellas de vino... Un corte de paño....

CONCHUDO. – Mirá... Relojes... pulseras... Un anillo con mano y todo...

MIRLO. – Meté eso pa dentro, que allá viene otro...

CONCHUDO. – Al paso que va el trabajo, mañana abrimos aquí una miscelánea...

MIRLO. – ¡Allá viene otro!

CONCHUDO. – Apuntale mientras yo guardo esto.

(Entra CONCHUDO al almacén con el botín. Pasa un MANCO con su paquete de saqueo).

MIRLO. – Manos arriba... ¡Hola!... ¿No oye?... ¡Que manos arriba!

EL MANCO. – **(Levanta su única mano, con el paquete).**

CONCHUDO. – **(Reapareciendo).** Levante la otra, o le cuesta el pellejo.

EL MANCO. – **(Sin soltar el paquete, levanta la manga y sigue su camino..).**

MIRLO. – Ora suelte eso.

CONCHUDO. – Que suelte, oiga...

MIRLO. – Se nos fue.

CONCHUDO. – Cómo estará de fácil todo, que con una sola mano se defiende.

MIRLO. – ¡Mirá aquél!... ¡Ese que viene allá!... Ora no lo dejés escapar también.

(Entra LAURENTINO, con una cesta en mano y una bandera de cruz roja en la otra).

CONCHUDO. – ¡Alto, hemos dicho!

LAURENTINO. – (**Levantando todo**). ¿Quieres más alto todavía, che?

MIRLO. – ¿Qué lleva ahí?

LAURENTINO. – Conservas enlatadas.

MIRLO. – ¿De dónde?

LAURENTINO. – ¡De Buenos Aires!

MIRLO. – ¿De Buenos Aires?... ¿Dónde queda esa tienda?

LAURENTINO. – ¿Pero no sabés dónde queda Buenos Aires, che?... ¡Es una gentileza de Evita!

MIRLO. – ¿Y crees que si supiéramos nos habías cogido la delantera?

CONCHUDO. – ¡A descargar!

LAURENTINO. – ¡Pero encantado! ¿No ven que para eso las traigo? ¡Para quien las pida! Estamos repartiendo víveres personalmente al pueblo, como muestra de la confraternidad interamericana y justicialista.

CONCHUDO. – ¡Ah! ¿Son muestras?

MIRLO. – ¿Y cuánto te está pagando esa marca por arriesgar la vida a estas horas haciéndole la propaganda?

LAURENTINO. – Bien, muchachos. ¡Bien! Se ve que aquí fracasó la paz, pero queda mucho ingenio... Esto de la confraternidad interamericana, ¿sabés lo que es?

CONCHUDO. – ¿Qué?

LAURENTINO. – ¡Son pavadas!

MIRLO. – ¿Y no decías que eran conservas? ¿En qué quedamos?

LAURENTINO. – (**Disimulando su temor con risa**). Tiene gracia este muchacho... Macanudo, che...

CONCHUDO. – Bueno. – sea lo que sea, muestras o pavadas, deje eso ahí adentro.

LAURENTINO. – ¿Todo?

MIRLO. – ¡Claro!... Nosotros nos encargamos de hacerlo circular...

LAURENTINO. – Pero encantado, che... Y si quieren voy a traerles más.

MIRLO. – ¿Tiene más?... ¿Dónde?

LAURENTINO. – ¡Como cuatro aviones repletos!

(Entra al almacén LAURENTINO).

CONCHUDO. – Fíjate. – estas están saqueando la ciudad en avión, y nosotros haciéndolo todavía a pie...

MIRLO. – Levantemos aunque sea una camioneta...

CONCHUDO. – La primera que pase...

(Regresa LAURENTINO).

LAURENTINO. – Ahí les puse todas las latitas sobre el mostrador... Procuren repartirlas a las personas más necesitadas... Y buen provecho.

MIRLO. – ¡Un momento, señor!...

LAURENTINO. – Laurentino Montalván, para servirle... Consejero de la delegación argentina.

CONCHUDO. – Eso vemos: que pa consejero está preciso.

MIRLO. – No se vaya sin decirnos qué horas son.

LAURENTINO. – ¡Pero encantado!... Son las...

MIRLO. – Eche pa cá, pa que nos demos mejor cuenta... **(Le quita el reloj).**

CONCHUDO. – Y eche también pa cá la pluma fuente, pa hacer el inventario de lo que nos dejó...

MIRLO. – Y la cartera pa ver los papeles, a ver si están en regla.

LAURENTINO. – ¡Supieran que mis papeles se quemaron todos!...

MIRLO. – Lo mismo pasó con los nuestros... Los quemamos de adrede.

LAURENTINO. – En cuanto a la cartera... **(Se lleva la mano al bolsillo).**

CONCHUDO. – No se moleste... Se la recibimos con saco y todo... Y antes se lo aplanchamos...

(Le quita el saco).

MIRLO. – En seco, porque no hay nada que ofrecerle...

CONCHUDO. – No, ala... ¡A sangre y fuego!

LAURENTINO. – ¡Qué gauchada! ¿Pero con este frío?

MIRLO. – Y agradezca que, después de haberse robao todo esto, le dejamos los pantalones!

LAURENTINO. – ¡Ah, lo que es esto traerá una seria reclamación diplomática! ¡Una serísima reclamación!

MIRLO. – (**Amenazándolo con un machete**). Vaya por las otras muestras, es lo que ha de hacer, que aquí le tenemos listo el campo de aterrizaje...

LAURENTINO. – ¡Desagradecidos!

CONCHUDO. – Y si no le apura, le cobramos daños y perjuicios...

LAURENTINO. – Reclamaré... Ya lo creo reclamaré...

(**Sale LAURENTINO corriendo**).

MIRLO. – ¡Míralo cómo corre!

(**Entra El PEROL y El GALLINO, vestidos de ceremonia, y con su costal al hombro**).

CONCHUDO. – ¡Manos arriba!... ¡Manos arriba!

PEROL. – ¡Aistá! Pa que vea que lo sabemos hacer. ¿Y qué?

GALLINO. – ¡Jue míchica! Parecés la estatue Nariño.

PEROL. – Ese que va a tener pistola... Arrímese más bien, y lo marco con el bisturí.

GALLINO. – Si quieren abastecerse, vayan a hacerlo al pie el cañón, como verdaderos revolucionarios.

MIRLO. – ¡Pero si es el Perol! ¡Hola, Perolito!

PEROL. – Mirá al Mirlo... ¿No te tenían veraniando en el Aracuara?

MIRLO. – Apenas sumariao desde hace cuatro años... Mirá, Conchudo: éste es como de la familia.

CONCHUDO. – Sigan, que esta es su casa.

MIRLO. – ¿Y qué hubo e la banda?

PEROL. – Eso se lo llevó la trampa. Con la panamericana, todos consiguieron manera de trabajar legalmente, y cambiaron de oficio.

MIRLO. – Ora eso fracasó, puede que mejore la situación.

PEROL. – Bueno. – ¿y por qué no nos tomamos un güiski?

CONCHUDO. – ¡Mírales las elegancias! Dejó la ruana y el aguardiente.

PEROL. – Es que el güiski está por el suelo... Allí no más nos posesionamos de un puesto de rancho y licores, y nos pusimos a jugar fútbol con las botellas...

CONCHUDO. – Pero descarguen... Aquí queda todo seguro...

GALLINO. – Iré a descargar... Con la cantidad de rateros que andan sueltos...

PEROL. – Ese a los cuatro güiskis te afloja el paquete... Dicen que anoche fue tanta la juma, que lo recogieron con los muertos... Cuando se despertó, no lo querían dejar salir del cementerio, porque ya habían firmao la planilla.

CONCHUDO. – Andá tranquilo y dejá eso ahí... No sias desconfiao.

GALLINO. – No, ala... Seguro mató a confianza. Si me entierran otra vez, me lo llevo más bien todo pal otro mundo.

(*Entran cantando LA MOSCA y LA SIEMPREVIVA, con abrigos de piel y alpargatas*).

MIRLO. – ¡Mirá a la Mosca y a la Siempreviva!... (***Remedándolas***). Frascos, botellas que me vendan, papel gaceta, cambio verduras por ropita vieja...

GALLINO. – ¿Di onde venís, gallinazo?... ¿A quién dejaste en plaz'e mercao cuidando los puestos?

SIEMPREVIVA. – No será a tu madre, desgraciao muerto di hambre.

GALLINO. – ¿Y eso qué fue?... ¿Estuviste saquiando también la academia de la lengua?

MOSCA. – Apurale, que después a la guelta nu incontramos nada.

PEROL. – Mirá a la Mosca: le salió pelo en las alas.

MOSCA. – ¡Mirá al Perol, disfrazao de Jorge Negrete!

GALLINO. – ¿Di onde vienen echando tanta percha?

SIEMPREVIVA. – ¿Te importa? ¡Zarrapastroso!

GALLINO. – ¡Mírale el geniecito! ¡Pura acción intrépida!

MOSCA. – Bueno, bueno... Dejen la molienda.

MIRLO. – ¿Que es la prisa, princesa?

MOSCA. – ¡A meterse con sus iguales!

PEROL. – No te arrimés, que nadie te ha presentao, ni estás vestido pal caso...

MOSCA. – ¡Ay, déjenme pasar!

SIEMPREVIVA. – ¡A que a mí sí me dejan pasar!

CONCHUDO. – ¡Mírala, sacando el cuchillo por tan poca cosa!

MOSCA. – ¡Déjennos, caramba! Tenemos que ir a esconder estos abrigo pa volver por otros cuatro que dejamos apartaos.

SIEMPREVIVA. – ¡Eso qué! Cuando volvamos ya no hay nada. ¡Con tanto ratero! Cómo estará la cosa, que mientras me estaba poniendo esta piel y los guantes, me robaron mi pañoloncito.

GALLINO. – Caminá a ver quién fue el atrevido.

SIEMPREVIVA. – Pa cambiarlo no necesito ayuda.

PEROL. – Si supieran pa onde vamos, se venían con nosotros.

MOSCA. – ¿Pa onde?

PEROL. – Pa la trasmisión de mando.

MOSCA. – (**Burlona**). Apurale entonces, porque te dejan sin nombramiento.

GALLINO. – Pa nombramientos tenemos a la Siempreviva, que no hace sino nombrarle a uno la madre.

SIEMPREVIVA. – A vos será las madres; porque como sos del Hospicio...

MOSCA. – Bueno, no más.

CONCHUDO. – ¡Cuidado!... ¡Vienen soldados!... Esconden todo aquí.

SIEMPREVIVA. – Mirá: agarraron a la Resura y a la Brígida... Híjuali, las están requisando.

PEROL. – Les están quitando los aperos de ceremonia.

GALLINO. – Echemos pallí o nos apercollan.

PEROL. – Corramos o nos dejan en cueros.

MOSCA. – Pero amarrarte la cola del Negrete, porque te enredás y nos costalias.

(**Salen PEROL con MOSCA y GALLINO con SIEMPREVIVA**).

MIRLO. – ¿Lo seguimos?

CONCHUDO. – ¿Cómo vamos a abandonar el establecimiento cuando ya comenzamos a instalarnos?

MIRLO. – ¿Y si nos agarran?

CONCHUDO. – Agarrémoslos nosotros primero.

MIRLO. – A trabajar entonces...

(Entran en el almacén MIRLO y CONCHUDO).

(Aparece DARÍO vestido de soldado, con el PASTUSO, su ayudante).

DARIO. – ¡Alto!... ¡Alto!

PASTUSO. – ¿Disparo, mi cabo?

DARIO. – No... A lo mejor matas otro manco, como el de hace un momento.

PASTUSO. – ¿Lo recojo, mi cabo?

DARIO. – Si nos ponemos a recoger muertos, ¿cuándo acabamos?... Lo primero es imponer orden. **(Se asoma a la tienda, apuntando).** ¿Qué hacen ustedes ahí?

(Reaparecen MIRLO y CONCHUDO, en alto los brazos).

CONCHUDO. – ¿Nosotros?... ¡Cuidando lo que queda!

MIRLO. – Nos quitaron hasta la ropa... y nos pusieron ésta.

DARIO. – ¿Tienen papeles?

MIRLO. – ¿No ven que se llevaron hasta las carteras?

DARIO. – ¿Son los dueños?

CONCHUDO. – Los empleados de confianza.

MIRLO. – Y estamos ayudando también a cuidar la cuadra... Si nos dieran aunque fuera una escopeta...

DARIO. – ¡Aplaudo esa conducta!... Lo que está haciendo falta en estos momentos es hombres como ustedes.

CONCHUDO. – Pues a la orden...

MIRLO. – Si quiere nos mandan armas y dejan todo este sector por nuestra cuenta.

DARIO. – ¿Y por qué no van al cuartel, como voluntarios?

CONCHUDO. – Que voluntá es o que nos sobra.

DARIO. – Acompáñalos, pastuso, al cuartel más próximo, y que los enganchen.

CONCHUDO. – O al de las fuerzas motorizadas...

MIRLO. – O la flota aérea de una vez...

PASTUSO. – ¿Solo mi cabo?... ¿Y si me pierdo?

CONCHUDO. – Con nosotros no hay peligro...

DARIO. – Es por aquí en línea recta...

MIRLO. – Eche pa lante...

CONCHUDO. – Meté primera...

MIRLO. – Acelerá...

(Salen MIRLO y CONCHUDO, siguiendo a PASTUSO).

DARIO. – **(Hacia fuera)**. Al pelotón que está en la esquina, díganle que avance.

(Entran FERNANDA y MARIANA).

FERNANDA. – ¡Darío!

MARIANA. – ¡Darío!

DARIO. – ¿Qué hacen ustedes por la calle?

FERNANDA. – Te vimos pasar hace un momento...

DARIO. – Regresen. Regresen.

MARIANA. – Acompáñanos. Estamos solas.

FERNANDA. – Papá anda como loco, buscándote...

MARIANA. – Y mamá salió también a averiguar por él...

DARIO. – No puedo abandonar ni por un instante mi comisión, pero díganles que estén tranquilos, que ya se va dominando la situación.

(*Disparos*).

MARIANA. – ¡Uy!

FERNANDA. – Entremos aquí...

DARIO. – No... Vayan para la casa... Yo tengo que ir a reunirme con el pelotón... Y ver lo que sucede por aquel lado... Hasta luego...

MARIANA. – ¡Darío : no te expongas así!

DARIO. – Es mi deber.

(*Sale DARÍO*).

MARIANA. – No avancemos más... Regresemos.

FERNANDA. – Vayamos un poco más adelante.

MARIANA. – ¡Qué horror! ¡Cómo han destruido! ¡Y cómo han saqueado!

FERNANDA. – Mira: el almacén de Natán.

MARIANA. – ¡Pobrecito!

FERNANDA. – Pero no hay mal que por bien no venga... Lo que no hizo el espíritu público, lo hará el fuego: ensanchar esta avenidas coloniales... ¡Ahora sí vamos a tener arterias!

MARIANA. – ¿A costa de tanta víctima?... ¡No seas cruel!

FERNANDA. – El urbanismo no puede tener corazón.

MARIANA. – Oye: otro bochinche... Ahora sí volvamos a casa.

FERNANDA. – Vamos, sí... Pero espera un momento.

MARIANA. – ¿Para qué?

FERNANDA. – Llevemos unas conservas de esas que hay sobre el mostrador.

MARIANA. – ¿Vas a robar?...

FERNANDA. – A aprovechar... Lo que no nos llevemos nosotros, se los llevarán los demás... Es mejor que aproveche la gente decente. (*Entra al almacén y sale con varias latas*). Toma: ayúdame.

MARIANA. – Nos van a ver...

FERNANDA. – Date prisa...

(*Les salen al paso la MOSCA y la SIEMPREVIVA*).

MOSCA. – Señoritas...

MARIANA. – ¡Nos van a asaltar!

MOSCA. – Le vendemos este anillo.

FERNANDA. – ¿Cuánto vale?

MOSCA. – Diez pesos.

MARIANA. – (*A FERNANDA*). ¿Es falso?

FERNANDA. – No... Un diamante legítimo.

MARIANA. – No compres eso.

FERNANDA. – ¿Por qué no?... Antes de que se lo vendan a otra persona.

MOSCA. – (*A SIEMPREVIVA*). ¿Les rebajamos?...

SIEMPREVIVA. – Aguardate a que ofrezcan.

FERNANDA. – ¿Es lo menos?

SIEMPREVIVA. – Es legítimo y garantizao... Es pa que vea señorita, cómo ha bajao la vida en veinticuatro horas.

FERNANDA. – Tome, pues...

MARIANA. – ¡Vámonos pronto!

SIEMPREVIVA. – Ofréceles también la enjalma.

MOSCA. – ¿Por qué no nos compra esta gualdrapa?... Es también legítima...

FERNANDA. – Vayan a mi casa... Allá hablamos...

MOSCA. – ¿Dónde es?

SIEMPREVIVA. – Yo sé... Donde misia Eudosia...

MARIANA. – ¡Nos conocen!

SIEMPREVIVA. – Si quieren llevamos de todo: desde medias hasta sombreros.

FERNANDA. – Allá las esperamos... Allá hablamos...

(Salen MARIANA y FERNANDA).

SIEMPREVIVA. – ¡Fíjate, Mosca! ¡Y después dicen que el pueblo no se entiende con la oligarquía!... ¡Eso sí es Unión Nacional!

TELON

TERCER ACTO

La misma decoración del primero.

En escena EUDOSIA, Salomé y MARIANA.

EUDOSIA. – No puedo más.

MARIANA. – ¿Qué logras, mamá, con angustiarte así?

SALOME. – ¡Cálmese, señora Eudisia!, ¡cálmese!

EUDOSIA. – Siento que la cabeza me estalla.

SALOME. – Procure dormir un poco.

EUDOSIA. – No puedo. La angustia no me deja. Siempre la misma idea dándome vueltas. Y más de veinticuatro horas esperando noticias, minuto a minuto.

SALOME. – Cuando no hay noticias, hay buenas noticias... Tranquilícese.

MARIANA. – Sí, mamá.

EUDOSIA. – Es fácil aconsejarlo.

SALOME. – Tómese otro calmante.

EUDOSIA. – Después no resisto los riñones.

SALOME. – Fíjese lo que nos ha pasado a nosotros. ¡Lo robaron todo! ¡Quedamos en la ruina!

EUDOSIA. – Aceptaría tranquilamente la ruina, a condición de estar con mi marido y todos mis hijos. De hambre nadie se muere.

SALOME. – Sí muere, señora Eudisia. ¡Si mueren! Natán y yo vivimos de milagro. Usted no imagina cómo era eso en Alemania.

(Entra Camilo).

CAMILO. – Buenos días, mamá.

EUDOSIA. – Tardes, serán ya.

MARIANA. – Debía darle vergüenza.

CAMILO. – ¿Estás mal?

EUDOSIA. – ¿Y me lo preguntas?

CAMILO. – ¿Por qué, mamá?

EUDOSIA. – Tu papá y tu hermano, desde que los vimos ayer, no aparecen por ninguna parte. Yo estoy agonizando de la angustia, y tu te presentas borracho a la madrugada.

CAMILO. – Pero mamá: ¿No ves que me hicieron tomar a la fuerza.

EUDOSIA. – ¡A la fuerza! ¡Me convenciste!

CAMILO. – ¡Palabra, mamá! Me amenazaban con los machetes para que le echara vivas a la revolución; y por cada viva tenía que tomarme un trago.

EUDOSIA. – ¿Y ahora te vas otra vez?

CAMILO. – ¿Y qué hago aquí?

MARIANA. – ¡Parece mentira! ¡Es el colmo de la inconsciencia!

CAMILO. – Voy a ver si encuentro a papá.

(**Sale Camilo**).

EUDOSIA. – ¡No, por Dios! ¡No compliques más la situación! ¡Camilo! ¡Camilo!

MARIANA. – ¡Camilo!... ¡No nos deje solas!

SALOME. – Desconsiderado el muchacho. Como no ha sufrido, no conoce el valor de la familia.

MARIANA. – ¿Sintonizamos?

EUDASIA. – ¿Para qué?

MARIANA. – A ver si dicen algo de ellos... (**Sintoniza**).

LOCUTOR. – (**Nasalmente**). Habla la radiodifusora nacional de Colombia... transmitimos el mismo boletín de noticias de hace una hora...

MARIANA. – Y de todas las horas...

LOCUTOR. – El gobierno hace saber que en Cali hay completa calma, que en Barranquilla hay completa calma, que en Medellín hay completa calma; que en Bucaramanga, en Cúcuta y en Ibagué...

EUDOSIA. – ¡Calla! ¡Calla eso, por Dios! ¡Siempre es el mismo disco! Siento que la cabeza me estalla.

SALOME. – Insisto en que debía recostarse un poco, señora EUDOSIA... Trate de dormir.

MARIANA. – Sí, mamá. Ven.

EUDOSIA. – Los nervios y la preocupación no me dejarían... Prefiero salir otra vez.

SALOME. – Es mejor esperar aquí.

EUDOSIA. – Esperar... Esperar... Esperar... ¿Hasta cuándo?

(Golpes en la puerta de la calle).

MARIANA. – Golpean.

EUDOSIA. – Corre, corre...

(MARIANA va a abrir).

SALOME. – **(Asomándose).** Son soldados.

EUDOSIA. – ¡DARÍO! ¡Gracias a Dios!

SALOME. – No. No es su hijo.

MARIANA. – **(Regresando, asustada).** Mamá...

EUDOSIA. – ¿Qué?... ¿Qué?... ¿Le pasó algo a mi hijo?

MARIANA. – Que vienen a rondar.

EUDOSIA. – ¿A rondar?... ¿Por qué?

MARIANA. – Dicen que es orden del gobierno.

EUDASIA. – Que rondan, pues. ¡Que hagan lo que quieran!

(Salen MARIANA y EUDOSIA por un lado. Por el otro entran CONCHUDO y MIRLO, vestidos de soldados).

MIRLO. – Hagamos guardia aquí mientras los otros esculcan.

CONCHUDO. – Esculquemos nosotros también.

SALOME. – Aquí nada sacan con esculcar. Aquí pierden su tiempo.

MIRLO. – Como se lo digo. Aquí pierden su tiempo.

CONCHUDO. – Ora veremos...

MIRLO. – ¿Usted es la dueña e casa?

SALOME. – No. Pero sé cómo se lo digo. Es la casa de mis clientes.

MIRLO. – ¿De sus clientes?... Vayámonos entonces, ala... Aquí deben estar más endeudaos que nosotros.

SALOME. – Si quieren encontrar cosas robadas, oigan...

CONCHUDO. – Claro que oímos.

SALOME. – Aquí al frente, en una cada de dos pisos, de gente muy bien, metían joyas por manotadas... Y en la siguiente, tres o cuatro camionadas de telas... Yo vi... Y de ahí para allá todas las residencias están comprando mercancías.

MIRLO. – Gallino: No rondés más aquí... Caminá, hombre que nos levantamos unas direcciones formidables.

SALOME. – Pero que no vayan a saber que yo lo dije... Son malos clientes, pero no quiero tenerlos de enemigos.

CONCHUDO. – Apurale, hombre, antes de que nos cojan la delantera...

(Salen los soldados).

(Entran EUDOSIA y MARIANA).

EUDOSIA. – ¿Se fueron?

SALOME. – Sí.

EUDOSIA. – ¡Qué horror! ¿Cuándo se acabará esto?

MARIANA. – Ya no está uno tranquilo ni en su propia casa.

EUDASIA. – ¡Además, es un abuso! ¡Atreverse a rondar una casa honorable, como la nuestra!

(Entra FERNANDA).

FERNANDA. – ¿Por qué salen de aquí esos soldados, mamá?... ¿Llegó Darío?

EUDOSIA. – No... ¿Lograste saber algo.

FERNANDA. – Nada.

EUDOSIA. – ¿Fuiste a los hospitales?

FERNANDA. – A todos. Visité sala por sala, cama por cama... ¡Hay cuadros horribles!... Pero nadie da razón de papá ni de Darío.

EUDOSIA. – ¿Qué hago yo? ¿Qué hago yo?

SALOME. – Tener paciencia... No hay más remedio... Y conformarse de que está en Bogotá, y no en Berlín en tiempos de Hitler...

(Entra la sirvienta con canasto).

MARIANA. – ¿Qué conseguiste para la comida?

SIRVIENTA. – Casi nada. Todo se acabó. Lo poco que queda está por las nubes... Los diez pesos no alcanzaron sino para...

EUDOSIA. – Muéstreme...

SIRVIENTA. – Permítame, mi señora... Es lo que está debajo.

EUDOSIA. – (**Esculcando**). ¿Y qué es lo que está encima?... ¿Medias nylon?... ¿Un reloj de pulsera?... ¡Como no estés metiéndote tú también en los saqueos!

SIRVIENTA. – No, mi señora. ¿Cómo voy a hacer eso?... Es que... ¡Están vendiendo todo por la calle tan barato!...

EUDOSIA. – ¡Peor por ahí!

SALOME. – Y estas medias son de las nuestras... Este es el sello del almacén.

EUDOSIA. – Si las reconoce, doña Salomé, recupérelas.

PRUDENCIA. – ¿Y por qué, mi señora?

EUDOSIA. – ¡Porque así lo mando!

SIRVIENTA. – ¿Y yo qué culpa tengo de que me las vendan?

EUDOSIA. – Ella tampoco tiene la culpa de que se las hayan robado.

SIRVIENTA. – Que me devuelva entonces el peso que pagué.

EUDOSIA. – A cobrárselo a la calle, porque no te estás aquí un minuto más... ¡Aquí no entra nada robado!

SIRVIENTA. – ¡Me voy! ¿Y qué?

EUDOSIA. – Fernanda: arréglale la cuenta. ¡Ahora mismo!

FERNANDA. – No es para tanto, mamá...

EUDOSIA. – ¡No faltaba más!... Ven te doy la plata.

(Salen FERNANDA, MARIANA y EUDOSIA).

SALOME. – Tomas tus medias... Toma tus medias... Pero dime dónde las compraste.

SIRVIENTA. – Allí no más... en el número veintiocho...

SALOME. – ¿Cómo lo supiste?

SIRVIENTA. – Me lo dijo la sirvienta de la esquina, que compró diez pares.

SALOME. – ¿Y hay bastantes?

SIRVIENTA. – Un montón... y otras muchas cosas. Lo que hace falta es tener con qué.

SALOME. – Dile a la señora Eudosia que ya vengo... Que ya vengo.

(Sale SALOMÉ a toda prisa).

(Regresa FERNANDA).

FERNANDA. – ¿Cuánto te debemos?

SIRVIENTA. – Creo que son dos meses y medio.

FERNANDA. – Aquí están... Y siento que te vayas.

SIRVIENTA. – Yo lo siento también, señorita; porque estaba contenta con ustedes; pero en este momento, me conviene mucho más irme que quedarme.

FERNANDA. – ¿Por qué?

SIRVIENTA. – Porque con esta plata, bien manejada, hago ahora más que con dos años de servicio.

(Entra Siempreviva con pañolón).

SIEMPREVIVA. – Señorita...

FERNANDA. – ¿Qué quiere?

SIEMPREVIVA. – Aquí estoy otra vez.

FERNANDA. – Pero, ¿cómo entra así?... ¡Ha debido golpear!

SIEMPREVIVA. – Encontré la puerta abierta.

FERNANDA. – Espéreme allá un momento.

SIEMPREVIVA. – Es que le conseguí otra enjalma como la de ayer.

FERNANDA. – ¡Sh!

SIRVIENTA. – ¡La señorita también está haciendo compras?...¡Entonces no soy yo sola!

FERNANDA. – ¡Calla!... ¡Que no lo vaya a saber mamá!

SIRVIENTA. – Por mí no hay peligro... Más bien que les aproveche... Pero que no digan que son tan honrados... Voy a echarle llave a mi baúl y mañana vengo por mis cosas... ¿Va a esculcar, señorita, a ver si me llevo algo de aquí?

FERNANDA. – No, no...

(Sale la sirvienta y entra EUDOSIA).

SIEMPREVIVA. – Mi señora Eudisia...

EUDOSIA. – ¡Ay, hija. – ahora no tengo frascos ni botellas, ni papel de gaceta... Ni ropa vieja... ni la cabeza en su puesto.

SIEMPREVIVA. – No, mi señora Eudisia... Ahora no estoy comprando ni cambiando, sino vendiendo.

EUDOSIA. – Lo único que le compraría serían verduras... ¿No trajo?

SIEMPREVIVA. – ¿Verduras a estas horas? Estará una pa verduras, cuando hay tanto negocio e mercancías al por mayor.

EUDOSIA. – De eso ni hablemos.

SIEMPREVIVA. – ¿Luego no vio el abrigo que le traje ayer a la señorita Fernanda?

EUDOSIA. – ¿A mi hija?... ¿Tú comprando esas cosas?

FERNANDA. – Propiamente no, mamá, sino que...

EUDOSIA. – ¡Cuidado! ¡Ni una hebra de hilo!... ¡Y usted, a la calle!

SIEMPREVIVA. – Pero, ¿por qué se disgusta, mi señora Eudisia, si proponer no es obligar?

EUDOSIA. – A mi casa no venga ni siquiera a hablar de esas cosas... Y tú, Fernanda, ¡cuidado! El que roba algo es un ladrón; pero el que compra lo robado es además un miserable.

(Entra la SIRVIENTA con abrigo).

SIRVIENTA. – Entonces... hasta después, mi señora.

EUDOSIA. – Que le vaya bien...

SIRVIENTA. – ¿Si no consigo casa me dan posada aunque sea esta noche?

EUDOSIA. – No.

SIRVIENTA. – Entonces... que muchas gracias por todo.

EUDOSIA. – No hay de qué.

SIRVIENTA. – Y que perdone, mi señora, lo mal servido.

EUDOSIA. – De tus servicios no tengo queja... Lo otro sí es imperdonable...

SIRVIENTA. – Pero...

FERNANDA. – (**Suplicante**). ¡Sh!

SIRVIENTA. – Bueno: mejor callar... Hasta luego entonces, mi señora Eudosa, y que dispense.

EUDOSIA. – Buen viaje.

SIRVIENTA. – (**A SIEMPREVIVA**). Caminá, ala...

SIEMPREVIVA. – Caminá, sí...

(Salen la SIRVIENTA y SIEMPREVIVA de brazo).

EUDOSIA. – ¡Fernanda!

FERNANDA. – ¿Mamá?

EUDOSIA. – ¿Dónde está ese abrigo?

FERNANDA. – ¿Cuál?

EUDOSIA. – El que le compraste a esa mujer... Y todo lo demás que hayas adquirido indebidamente...

FERNANDA. – Pero mamá...

EUDOSIA. – Ya sé lo que vas a decirme: que todo el mundo lo ha hecho.

FERNANDA. – No pensé que fuera tan grave el asunto...

EUDOSIA. – Cualquiera diría que aquí no te han enseñado sentido moral. Y aparte de lo mal hecho, ¡imagínate que esos soldados hubieran encontrado algo! ¿Te parecería bien ir a la cárcel?... ¿Te parecería bien dejar a tu padre ante todo el mundo como un ladrón o un encubridor?... ¡Trae todo eso acá!... ¡Tráemelo! ¡Ya!

(Sale FERNANDA y regresa con una torre de paquetes).

FERNANDA. – Aquí está, mamá... Perdóname.

EUDOSIA. – No quiero ni tocar eso... ¡Tíralo a la calle!... ¡Ya!

FERNANDA. – Sí, mamá...

(Salen FERNANDA y EUDOSIA... En seguida entran LAURENTINO y MARIANA).

MARIANA. – Lo estábamos echando de menos.

LAURENTINO. – Ustedes perdonen... Vengo de carrera...

MARIANA. – ¿Por qué tanta prisa?

LAURENTINO. – **(Viendo las conservas)**. ¿Cómo?... ¿Hasta aquí llegaron las donaciones de la delegación argentina?...

MARIANA. – ¡No sabe cuánto nos han servido en esta escasez de víveres!

LAURENTINO. – Quién lo hubiera siquiera sospechado, para venir a dejárselas personalmente...

MARIANA. – Permítame el sombrero...

LAURENTINO. – Supiera que vengo tan sólo a despedirme.

MARIANA. – **(Sobresaltada)**. ¿Se va?

LAURENTINO. – Sí. Para mi tierra.

MARIANA. – ¿Por qué tan de repente?

LAURENTINO. – Orden superior... Como hay tanto desorden, y no logramos que trasladaran la Conferencia a otro país, no quieren que quede en Bogotá sino el personal indispensable.

MARIANA. – Laurentino...

LAURENTINO. – ¡Si supieras la contrariedad que llevo dentro! ¡Irme sin vos!

MARIANA. – ¿Y es hoy mismo?

LAURENTINO. – Ahora mismo... En uno de los aviones que vinieron a traer esos comestibles.

MARIANA. – ¿Y vuelves?

LAURENTINO. – ¿No he de volver, aunque sea por vos?... Pero yo te escribo.

(Entra FERNANDA).

FERNANDA. – ¿Qué milagro? ¡Nos olvidó!

LAURENTINO. – Me pusieron a repartir esas macanas... Y hay que ver las que pasé.

MARIANA. – ¡Viene a despedirse!

FERNANDA. – ¿Por qué?

LAURENTINO. – Me está esperando en la puerta un auto de la embajada... El avión parte dentro de media hora...

FERNANDA. – ¡Tan pronto!

MARIANA. – ¡Qué dolor!

LAURENTINO. – Mañana estaré en mi casa, si Dios quiere... Y voy a ver si, para lograr a fin la tranquilidad que tanto necesito, me trasladan esta vez a Cuba.

FERNANDA. – No olvidará...

LAURENTINO. – ¡Qué voy a olvidar!

(Pito de auto).

Y me voy... Me están pitando... Antes fue un milagro que me dejaran demorar aquí un instante... Perdonen esta despedida relámpago... Apenas llegue a mi tierra les enviaré a cada una su tarjeta postal. Chau...

(Sale LAURENTINO).

MARIANA. – Adiós...

FERNANDA. – Adiós...

MARIANA. – **(Rompe a llorar).**

FERNANDA. – ¿Por qué lloras?

MARIANA. – Siento angustia.

FERNANDA. – ¿Por el?

MARIANA. – No... Por papá... y por Darío...

FERNANDA. – Tengo la esperanza de que nada le pase. ¡Cuándo hemos de ser tan de malas!

MARIANA. – Me quisiera morir.

FERNANDA. – Entonces... no es por Darío... Ni por papá...

MARIANA. – (**Desgarrada**). Noooo...

FERNANDA. – (**Controlando sus gimoteos**). Boba... Lloras por un hombre que acabas de conocer... Y que hasta casado será.

MARIANA. – Pero... tú también estás llorando.

FERNANDA. – (**Tratando de sonreír**). Es cierto... Pero de rabia.

MARIANA. – Tú lo querías, ¿no es cierto?

FERNANDA. – ¿Por qué negártelo?... Empezaba a gustarme.

MARIANA. – Lo comprendí... Y por eso le dije que no.

FERNANDA. – ¿Que no lo querías?

MARIANA. – Que no me casaba con él.

FERNANDA. – ¡Ah! ¿A ti te propuso matrimonio?

MARIANA. – Sí.

FERNANDA. – ¡Qué descarado!

MARIANA. – ¿Por qué?

FERNANDA. – Porque a mí también me propuso.

MARIANA. – ¿Y qué le dijiste?

FERNANDA. – Yo fui la más idiota. Le dije que sí.

MARIANA. – Y él burlándose.

FERNANDA. – Ojalá que se le estrelle el avión por el camino.

MARIANA. – ¡Uy! ¡No es para tanto! ¡No hables así!

FERNANDA. – Por mí, le sacaría los ojos.

MARIANA. – Echémosle tierra a eso... Riámonos más bien... (*Entre risa y llanto*). Ni consejero sería, sino un simple sirviente de la embajada.

FERNANDA. – Sea lo que fuere, ojalá lo destinen a donde le toque otra revolución... ¡Cuando yo digo algo!...

(*Entra Salomé*).

SALOME. – Señora Eudisia... Señora Eudisia... ¡Niñas!... ¡Allí vienen!

FERNANDA. – ¿Papá?

MARIANA. – ¿Darío?

SALOME. – Ambos.

MARIANA. – ¡Qué alivio!

FERNANDA. – ¡Qué descanso!

SALOME. – Pero escuchen...

FERNANDA. – ¿Pero qué?

MARIANA. – ¿Qué?

SALOME. – Su papá trae al joven cargado, como si estuviera herido.

MARIANA. – ¿Herido?... ¡Mamá!... ¡Mamá!

(*Entra EUDOSIA*).

EUDOSIA. – ¿Qué?... ¿Qué?

FERNANDA. – Que ahí están.

EUDOSIA. – ¡Bendito sea Dios!

SALOME. – Voy a avisarle a Natán...

(*Sale SALOMÉ... Entra HERMOGENES cabizbajo*).

MARIANA. – ¡Papá!

FERNANDA. – ¡Papá!

EUDOSIA. – (**Presintiendo la tragedia**). ¡Mijito! ¿Qué fue?

HERMOGENES. – Callen... Callen...

EUDOSIA. – ¿Herido?

HERMOGENES. – No...

EUDOSIA. – (**Se asombra a un lado y retrocede dando un grito**).

MARIANA y FERNANDA. – (**Observan también y retroceden llorando**).

HERMOGENES. – No hagan escándalo...

EUDOSIA. – ¡Mi hijo!... ¡Mi hijito!

MARIANA. – ¿Cómo fue, papá?

HERMOGENES. – No sé... No sé... Lo encontré tendido en mitad de la calle... Ni siquiera conseguí un vehículo que me lo trajera... Tuve que hacerlo yo... Creí que no llegábamos.

EUDOSIA. – No te desesperes... Si Dios lo ha querido así... hay que ser fuertes.

HERMOGENES. – El país me había matado todos mis sueños... Ahora me mató a mi soñador.

(**Entra CAMILO impetuosamente con plata martillada y botellas de champaña**).

CAMILO. – Muchachas. – ¡Miren!... ¡Plata martillada!... ¡Dos botellas de champaña!

HERMOGENES. – ¿Qué?... ¡Tú?... ¿Mi hijo?... ¿El nieto de un gobernador? ¿El bisnieto de un presidente?... ¿El descendiente de próceres de la independencia?... ¿Con ese botín?

CAMILO. – Pero papá. – ¡si es como diversión!

HERMOGENES. – ¡Mira lo que ha pasado mientras te divertías!

CAMILO. – (**Observando y retrocediendo aterrado**). ¿Es Darío?

HERMOGENES. – Sí... Pero tú me causas más dolor... ¡Vete!... ¡Roba!... ¡Incendia!... ¡Asesina!... ¡Viola!... ¡No sabía que la barbarie se había metido hasta en mí propio hogar!

CAMILO. – (**Acobardado**). Papá: no pensé que...

HERMOGENES. – (**Dominándose**). Ve a devolver eso... A dejarlo donde lo robaste.

CAMILO. – Sí, papá...

HERMOGENES. – Para pisar esta casa, vuelve con las manos vacías, ya que no limpias...

CAMILO. – Sí papá...

EUDOSIA. – No te exaltes... Acuérdate del corazón...

HERMOGENES. – Quizá en el fondo, la culpa sea mía... Por el mismo afán de defenderlos, no les he dado muy buen ejemplo...

EUDOSIA. – No digas eso...

HERMOGENES. – En todo caso, ese sacrificio es para mí una compensación... No todo es inconsciencia... ¡Queda algo de sentido heroico!

EUDOSIA. – (***Con la cabeza en el hombro de HERMOGENES***). ¡Qué horror!

HERMOGENES. – Confórmate... El se nos fue... Pero los que sientan como él, harán patria algún día... ¡Bendito sea mi soldadito desconocido!

TELON